

El cuerpo en la palabra o la palabra en el cuerpo

*Nora Cecilia García Colomé**

No conozco mujer que no sufra en su relación con la madre. Y este dolor, que casi siempre se expresa con síntomas, proclama, traduce un silencio entre madre e hija y una incapacidad para identificarse.

LUCY IRIGARAY

El cuerpo a cuerpo con la madre

Resumen

El trabajo se centra en la fuerza que tiene el primer vínculo de nuestra vida: madre-hija y sus múltiples vicisitudes, mismas que se reflejan en el cuerpo de las mujeres. Esta relación dará por resultado la estructuración psíquica del sujeto, que inevitablemente vivirá el dolor de la separación. El cuerpo será el escenario en el que se plasmarán el desconsuelo y los silencios que no han podido encontrar la palabra, por lo que pagará las consecuencias, una de ellas, las llamadas *enfermedades autoinmunes*. A lo largo del artículo se pretende encontrar, por lo tanto, algunas de las causas en esta etapa primordial de la vida.

Palabras clave: relación madre-hija preedípica, cuerpo, silencio, palabra, goce, duelo.

* Profesora-investigadora, Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco.

Abstract

This article centers on the power of the mother-daughter relationship and its multiple vicissitudes, which manifest themselves in the physical body. As the first bond women form in their lives, this relationship goes a long way to structuring of the psyche of the subject, who will inevitably experience the pain of separation. The body is the scenario on which unvoiced despair and silences are played out and it is the body that will be forced to pay their consequences, one of these being so-called *autoimmune diseases*. Consequently, the goal of this article is to uncover some of the causes of such diseases during this early phase of life that is so crucial to our psychological development.

Key words: pre-oedipal mother-daughter relationship, body, silences, word, to be in mourning, ‘jouissance’ (The word in english alike is Enjoy).

El presente trabajo nace de la necesidad de seguir profundizando en reflexiones que se plasmaron en un trabajo anterior, en el que se trató de indagar sobre el masoquismo moral y las enfermedades autoinmunes en las mujeres (García, 2010). Ahora, desde otro enfoque, la preocupación estará centrada en el espacio corporal como escenario de este tipo de afecciones. Desde el psicoanálisis me pregunto: ¿cómo se originó la incidencia psíquica hacia ese espacio?, ¿cuáles serían las posibles causas psíquicas de estos trastornos físicos?, ¿cómo se presentan hoy estos padecimientos en las mujeres? Cada vez surgen más dudas, por lo que este esfuerzo –más que buscar posibles respuestas– probablemente abra más interrogantes, como siempre pasa en el psicoanálisis.

En la presente investigación será imprescindible tomar en cuenta los momentos de apropiación del cuerpo por parte de la psique. Por ello, es importante basarse en los postulados del psicoanálisis, ya que uno de sus principales ejes de estudio es averiguar cómo el cuerpo –como entidad propia y singular– es conquistado y adueñado por la niña o niño a través de un proceso de erogenización por parte del Otro, y a la vez doloroso, de separación y de un duelo originario. El cuerpo no es apropiado como parte de un desarrollo “natural”, ni algo

dado por un destino biológico. Es producto de un primer vínculo inevitable e imprescindible con la madre, así como también de una separación y desprendimiento ineludible.

El psicoanálisis ha contribuido a esclarecer y con ello ha enfatizado la importancia que tiene este primer vínculo madre-hija y sus avatares sobre el cuerpo. Esta relación dará por resultado la estructuración psíquica del sujeto, en la cual se fundan procesos psíquicos tales como la represión primaria, el narcisismo primario, la constitución del Yo, el Yo ideal, la identificación primaria, así como el proceso primordial para la conquista y apropiación del cuerpo. El trabajo se centrará en la fuerza de esta primera ligazón y el dolor de la separación, que trae desconsuelo, silencios, que no han encontrado palabras para ser vehiculizados, manifestándose en el cuerpo, con sus consecuencias, siendo una de ellas las llamadas *enfermedades autoinmunes*. Se pretende estudiar algunas de las causas y síntomas de estas afecciones somáticas.

Desde sus primeros trabajos, Freud tuvo como punto de partida al cuerpo para entender la psique. Y para ello necesitó del concepto de *pulsión*. Considero necesario hacer un breve acercamiento a este término para intentar comprender algunas de las expresiones corporales que se dan a través de las enfermedades en ciertas mujeres. Este concepto es parte de un largo y laborioso trabajo en el que Freud intenta dar cabida a lo biológico y a lo psíquico; lo estudia y profundiza en una serie de textos que se denominan *Trabajos sobre metapsicología*.

El autor nos explica:

[...] “la pulsión” nos aparece como un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante (*Repräsentant*) psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal (Freud, 1915:117).

Freud nos indica que la pulsión conlleva cuatro elementos esenciales: fuerza, fuente, objeto y meta. Con ellos da cuenta de esta relación entre lo psíquico y lo somático. En vista de que la pulsión contiene una fuerza energética que parte del *Ello*, necesita vehiculizarse por medio de representantes. Es decir, en un inicio,

esa fuerza se liga a una representación, que queda representada en lo inconsciente. Para que salga a la conciencia es necesario que tenga un representante representativo. El cual siempre es una zona del cuerpo que queda por lo mismo erogeneizada, esta es la fuente somática. De esta manera, lo psíquico y lo somático quedan ligados. La fuente es “aquel proceso somático, interior a un órgano o a una parte del cuerpo, cuyo estímulo es representado (*repräsentiert*) en la vida anímica por la pulsión” (Freud, 1915:118.) Es decir, la fuente pulsional queda establecida como producto de una tensión orgánica interna. Según Freud, lo que aparece representado en la psique es un estímulo pulsional de un proceso somático.

Por lo que la representación desempeña un papel trascendental en la psique, ya que posibilita que la pulsión salga. Queda fijada en lo psíquico y en lo somático. Todas las zonas del cuerpo por donde la pulsión emerge son fuentes que quedarán erogeneizadas. Por lo que podemos hablar de un cuerpo erógeno, con zonas más libidinizadas que otras. Para alcanzar la meta, cuya satisfacción requiere inevitablemente límites, se necesita de un objeto, el cual siempre es lábil, siempre vamos cambiando de objeto pulsional.

Se puede concluir con Freud que el cuerpo erógeno se constituye gracias a la relación con el otro, ya que éste va a estimular ese cuerpo, generando los estímulos internos. Es decir, que las fuentes, elementos de la pulsión, quedan erogeneizadas por la intervención del otro en nuestras vidas, al ser investido, deseado, amado por el otro. Por lo que la apropiación y conquista del cuerpo, es resultado de ese primer encuentro, que imprime una representación en lo psíquico. Será importante tomar esto en cuenta para comprender más adelante el manejo que hacen algunas mujeres de su cuerpo en torno a las enfermedades.

En torno a estos aportes de Freud, citaré a una autora que aborda estos primeros encuentros desde un punto de vista original, Piera Aulagnier, quien estudia cómo quedan impresos esos encuentros primordiales en la forma de *pictogramas* en la psique; menciona que éstas son una puesta en forma de una percepción, como la actividad inaugural de la psique, donde toda representación es *autorreferente*, y Eros y Thánatos son dos autorepresentaciones que se subsumen en la totalidad de lo existente.

Lo que la actividad psíquica contempla y catectiza en el pictograma es el reflejo de sí misma que le asegura que, entre el espacio psíquico y el espacio de lo exterior a la psique, existe una relación de identidad y de especularización recíprocas (Aulagnier, 1975:52).

Desde esta perspectiva, se tiene como primera fuente somática el pecho que viene siendo objeto-zona complementario, éste va a constituir la principal representación en la que la psique pone en escena la primera experiencia entre ella y el mundo. La experiencia de este encuentro será *metabolizada* tanto el objeto-zona, como las actividades sensoriales que entran en juego: oler, gustar, tocar, ver, oír, succionar. Éstas pueden incorporarse de forma satisfactoria, como un estado de placer, o bien puede darse una representación de rechazo, lo que traería un estado de displacer. Corresponde a Eros si la imagen representada se incorpora, se desea, queda fijada, existe un deseo de presencia. Pero si hay un intento de anular la necesidad, la falta, la espera, un repudio del requerimiento se negará el deseo y se querrá desear el no deseo, y regresar a ese estado en que no se necesitaba nada, el llamado Nirvana, correlativo a Tánatos (García, 2004:19). Parece que esto mismo sucede con cada objeto-zona.

En este punto, será central la forma en que la madre atiende a todas sus necesidades, ya que el bebé se representará la imagen del objeto y la actividad sensorial que esté realizando. Esta primera experiencia enfrenta la psique de ella con la incipiente constitución de la psique del bebé. El infans queda sumergido en un mar de palabras, lenguaje cargado de afecto y cuidados maternos, que le hablan del deseo por él.

Para la autora, desde estos primeros encuentros, la madre será portavoz del niño(a), la madre comenta, predice, historiza; transmite tanto las necesidades y representaciones que tiene del niño como el orden exterior: *la cultura*. El niño en un primer momento es *sombra hablada de la madre*, esto es:

[...] designa un conjunto de enunciados que son testimonio del anhelo maternal concerniente al niño [...] La sombra hablada es ese fragmento de discurso materno que representa para el yo de la madre aquello que el

infans representa para el deseo inconsciente [...] Es heredera de la historia edípica de la madre y de su represión (Aulagnier, 1991:44).

En este sentido, se podría decir que el deseo y la pulsión, así como el principio de placer y el de realidad que se empiezan a adquirir, tienen como telón de fondo los de la madre. Si esto es así, quedan en el bebé huellas de lo que ella transmitió, sintió, las vicisitudes de su historia, de su propio Edipo. Por lo que se puede inferir, que ese infans vivirá sus siguientes experiencias y etapas a partir de esto.

Siguiendo con nuestro recorrido, si el cuerpo erógeno se constituyó a partir de la relación con el otro, se formarán representaciones que han sido investidas y que quedarán grabadas con cada encuentro o desencuentro, con cada presencia y ausencia del objeto. Queda inscrito un vínculo que guarda huellas de esa relación en ese cuerpo erógeno. Por lo que el bebé usará al cuerpo como único medio de comunicación y de relación con este primer objeto. En el que se podrán vislumbrar muchos destinos que conllevarán las pulsiones de vida o de muerte. Ocasionando afectaciones a este cuerpo que estará en un constante fluir de sensaciones, y por consiguiente en un constante proceso de resignificación de estas investiduras. Con el transcurrir del tiempo se tendrá una constante apropiación del cuerpo por parte del yo.

Otro autor que nos ayudará a profundizar en el estudio y aprehensión de las problemáticas del cuerpo en las mujeres desde sus inicios es Jacques Lacan, quien investiga acerca del primer momento de constitución de la psique, tiempo que denomina como el *Estadio del Espejo*; en éste se crean en la psique del infans las primeras impresiones y huellas que serán plataforma en la estructuración psíquica y en el cual se pueden estudiar los primeros indicios de este apropiamiento del cuerpo.

En este primer tiempo, el autor habla sobre la identificación como un proceso fundante, el niño realiza la aprehensión de la imagen de su propio cuerpo, una incorporación y una apropiación. Esta identificación con su imagen origina la estructuración de su propio Yo, momento crucial del narcisismo primario (Lacan, 1949:87).

El hecho de que su imagen especular sea asumida jubilosamente por el ser sumido todavía en la impotencia motriz y la dependencia de la lactancia [...] nos parecerá por lo tanto que manifiesta, en una situación ejemplar, la matriz simbólica en la que el yo (je) se precipita en una forma primordial, antes de objetivarse en la dialéctica de la identificación con el otro y antes de que el lenguaje le restituya en lo universal su función de sujeto (Lacan, 1949:87).

En este tiempo primordial el niño(a) siente su cuerpo fragmentado, y es gracias a la mirada de deseo de la madre, a la mirada de completud de ésta, que el niño(a) es capaz de realizar un reconocimiento de la imagen de su cuerpo como una totalidad. El niño(a) es capaz de desdoblar el espacio en imaginario y en real. Se queda identificado a la unidad de su imagen, como defensa contra el cuerpo despedazado, o fragmentado.

Para este autor, se presenta en este estadio el origen de la *agresividad*, ya que cuando el niño se identifica con esta imagen especular se da al mismo tiempo en él la atomización, es decir, siente que el otro tiene todas las ventajas de la imagen y no las sensaciones propioceptivas que le molestan y tiene que “reprimir” o apaciguar estos datos, y al hacerlo las manda al otro, habiendo una estrecha relación entre narcisismo y agresividad, amor y odio (García, 2004:34).

Parece ser que estas manifestaciones de agresividad y odio ayudarán a la niña a distanciarse de la madre, finalmente hay algo que las aleja, esto ayuda a la asunción de la separación y la diferencia entre ellas.

Este estadio hace que la relación madre-hija esté cargada de una profunda ambivalencia que en ocasiones se manifiesta profundamente polarizada. La madre será su primer espejo, su primer modelo identificadorio. Ubicará a su hija(o) en su registro *simbólico* siendo ésta un sustituto del falo anhelado. Es ella quien guiará y moldeará el deseo de la hija(o) y por eso se dice que es el Otro quien podrá dirigir o no sus demandas. La hija ocupará un lugar en el deseo de la madre, ésta le dará un lugar en el parentesco, le colocará múltiples representaciones, fantasías y expectativas, se trata de un sujeto que

estará sujetado al deseo del Otro antes de ser sujeto deseante. En un primer momento, la niña fue el falo de la madre y su igual en todo, con la agresividad y en un largo proceso que empieza desde estos momentos fundantes hasta la instauración de la metáfora paterna, la niña se separará con profundo dolor y odio. Dando paso posiblemente al vínculo padre-hija. Las polaridades penetrarán, se desenvolverán, teñirán esta relación toda la vida.¹

Quise centrar la atención en el vínculo que se forja entre estas dos mujeres en los momentos estructurantes de la psique de la niña, ya que la función de la madre será capital en la vida de las mujeres. Ella nos inscribe en su deseo, erogeniza, libidiniza y “mapea” con sus manos ese cuerpo recién advenido a la vida, y por ende nos introduce en el orden simbólico. Su mirada quedará fijada, penetrará en el cuerpo y con ello contribuirá a la conquista y asimilación de un cuerpo inmerso en una cultura. Despertará en la niña algo tan fundamental como la pulsión de vida. Si partimos de la idea de que lo psíquico tiene una incidencia en el cuerpo, y viceversa, lo anterior traerá enormes consecuencias sobre este espacio corporal, sobre este universo de posibilidades para ser, tener, sanar y enfermar. Campo de batallas todas ellas abiertas a un porvenir incierto.

Freud puso el acento en esa relación, siendo definitoria para ella, ya que al estudiar el devenir de la feminidad en la niña, nos dice:

En suma, llegamos al convencimiento de que no se puede comprender a la mujer si no se pondera esta fase de la ligazón madre-hija preedípica (1933:111). Numerosos fenómenos de la vida sexual femenina, mal comprendidos antes, hallan su esclarecimiento pleno si se los reconduce a ella (1931:232).

El autor nos indica que para la niña implica una intensa significación, incluso mayor que en el niño.

Viendo esta relación tan intensa, quisiera señalar lo que Gabriella Buzzatti y Anna Salvo nos mencionan en su libro *El cuerpo-palabra de*

¹ Para profundizar más en el tema véase García (2004:33).

las mujeres, acerca de la madre como un *objeto de pasión*. Al profundizar en la cuestión de la *pasión* señalan que es importante considerar la consistencia y la materia de este vínculo basado en el amor y en el odio, en el deseo y la imposibilidad, la unión y la distancia (Buzzatti y Salvo, 2001:51); para las autoras, la pasión “no es una forma extrema del amor”, ni una modalidad de enamoramiento, “sino –y también André Green ha insistido muchas veces en ese punto– la representación fundamental y constitutiva de la pulsión” (2001:72). Al citar a André Green, señalan: “Al fin y al cabo, lo que digo es que el afecto es *representación*. Significante de la carne, como he propuesto en el *Discurso vivo*. Hoy prefiero decir *representante de la pasión*”² (2001:72-74). Recapitulando, el cuerpo de la madre es la primera envoltura, lo que fluye en el espacio entre los dos cuerpos es el afecto, el placer, la vida pulsional que inicia su recorrido. La madre será el objeto primero y más intenso que dejará huella para las posteriores relaciones. La fuerza de la pulsión que se expresa en pasión domina al sujeto, y afectará los primeros procesos constitutivos como al narcisismo, a la represión, a la identificación primaria, en fin, a toda la dinámica del aparato psíquico.

Considero que esta primera ligazón preedípica madre-hija conlleva procesos psíquicos importantes que nos darán luz para entender por qué es difícil la separación y por qué algunas mujeres enferman. Se ha estudiado cómo esta etapa traspasa todas las fases de la sexualidad infantil, hay deseos orales, sádico-anales y fállicos. Es por esto que este primer vínculo para Emilce Dio Bleichmar estará caracterizado por sentimientos de fusión, de simbiosis, las marcas de su ser están sobre los cuerpos y almas de ambos sexos, ella satisface, da bienestar, procura cuidados, en estos momentos es un objeto primario omnipotente, “anaclítico, libidinizador, narcisizante y socializador”; además, para la autora, la madre proporciona la especificidad de su género. Las dos se presentan en el discurso materno y cultural bajo el mismo género gramatical.

² Las cursivas son de las autoras.

La niña vive el paraíso de ser igual al ideal, con quien en virtud de la estructura narcisista (especular, de desconocimiento) de la organización de su yo, se tenderá a fusionar y confundir (Bleichmar, 1989:87).

Freud hace énfasis en la identificación primaria como proceso psíquico primordial y la define como “la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona. Desempeña un papel en la prehistoria del Complejo de Edipo” (1921:99). “Entonces la investidura libidinal predomina sobre un tipo de investidura narcisista, la de la identificación” (1921:83). Esto será trascendental, ya que facilita la identificación a las características y a la feminidad de la madre.

Producto de esta relación, está la conformación de un *Ideal del Yo femenino primario*, aun antes de la diferencia sexual anatómica; este proceso dará pie a que más adelante se resignifique esta feminidad primaria, núcleo de la identidad de la niña. “La madre no sólo es el objeto de amor, de la dependencia absoluta, sino el ideal narcisista y el semejante del género” (Bleichmar, 1989:91). Bleichmar opina que tal vez por esto se observa cómo en algunas mujeres se les dificulta separarse de sus madres y a éstas de sus hijas.

En este sentido he considerado esencial articular lo antes mencionado con una reflexión en torno al género, ya que en la asunción de un cuerpo como propio, la niña(o) se apropia e identifica con los discursos culturales que se han plasmado sobre su cuerpo. Sucediendo vicisitudes culturales importantes a considerar. Proviene de unos padres, que están inmersos a su vez, en una determinada cultura, ellos serán portavoces de este orden simbólico y transmitirán a su hija lo que es ser mujer, lo femenino y lo masculino. Categorías que no van de la mano con el cuerpo biológico. Bourdieu nos menciona que se trata de *un cuerpo culturalmente sexuado*. Este autor nos dice que cada sexo es producto de una construcción histórica, inserto en la cultura, que ha instaurado, destruido y recreado un mundo de significaciones (Bourdieu, 2000). Por lo que estaríamos hablando de la apropiación de un cuerpo culturalmente sexuado, que se conducirá conforme a la cultura en cuestión, nótese la madre le estará transfiriendo un orden simbólico predominantemente masculino, por estar en él constituida. “De aquí

que el sujeto se forme una imagen y representaciones inconscientes del cuerpo sexuado psíquica y culturalmente” (García, 2004).

Al identificarse con la mirada de deseo de la madre y con su discurso, la niña conforma su identidad, su feminidad a semejanza de la Otra, se adueña de enunciados identificatorios, que le van diciendo quién es, y qué desea como mujer. La constitución de la subjetividad va de la mano con la conquista del cuerpo.

Parece ser que el proceso indispensable de la separación de la madre no está exento de un desenlace en ocasiones dañino, que se manifiesta en el cuerpo de algunas mujeres, enfermándolo (quisiera aclarar que en el presente trabajo, no pretendí enfocar el análisis desde la vertiente psicosomática, la cual retomaré en otros estudios).

Se trata de un duelo originario, intenso por la dimensión del vínculo. Alrededor del objeto perdido giran fantasías, imágenes, hay sufrimiento, pero sin éste no hay posibilidad para la configuración de un Sujeto. Es decir, sabemos que se requiere de la *Falta del objeto*, para dar lugar –en el mejor de los casos– a una “adecuada” estructuración psíquica. Asimismo, necesitamos la pérdida de éste para investir al cuerpo. Empero, cómo se lleven a cabo tanto el vínculo, como la separación, serán determinantes.

G. Buzzatti y A. Salvo (2001) analizan cómo las mujeres manifiestan a través de sus cuerpos, dolores y conflictos que tienen que ver con aquella separación primigenia de la madre, cómo el cuerpo se vuelve el espacio en el cual quedan padecimientos que suelen ser insimbolizables, que no han encontrado la manera de salir de otra forma.

Los afectos, en su ambivalencia de amor y odio, de deseo y destructividad, irrumpen de la profundidad de la envoltura psíquica y reclaman una forma de organización y de expresión: el infans no tiene otra cosa que el cuerpo para dar vida a contenidos y fantasmas arcaicos y primitivos (Buzzatti y Salvo, 2001:32).

Las autoras se preguntan: ¿de qué manera el cuerpo se convierte en vehículo, forma y medio expresivo de un sufrimiento insostenible para la psique? (Buzzatti y Salvo, 2001:30).

Durante la relación madre-hija, van quedando resabios de ésta, en la que no hubo palabra que ayudara a simbolizar odios y resentimientos contra ella. Luego, la enfermedad puede ser usada como una demanda, en la que en el fondo puede estar el deseo por ella. Al mismo tiempo, hay un reproche debido a su ausencia, a su incapacidad de poder estar, de atender, de contener, de curar, pero sobre todo por las veces en que estuvo su silencio. Éste desempeñará un papel importante en las diversas expresiones del cuerpo.

Lo que Buzzatti y Salvo intentan resaltar es el *silencio* que se crea en el vínculo con la madre, el cual:

[...] el silencio se postula como figura testimonial de la relación madre-hija. El silencio remite también a algo secreto, a algo que no se puede decir; pero no es tampoco ese complacido “derecho al secreto” lo que queremos evocar al poner de relieve el espacio mudo que recorre y atraviesa el vínculo madre-hija. Por el contrario, pensamos que poco a poco –en un itinerario que requiere paciencia y esfuerzo– se va rasgando el velo que la niña, y luego la mujer adulta, han tendido y tienden sobre la escena de la primera pasión infantil, para poder mantener a raya los deseos y las figuras que había en nuestro imaginario. Y sin embargo, el silencio es justamente el lugar del cual partir, la estación ineludible y originaria de un camino que aún ha de hacerse (Buzzatti y Salvo, 2001:40)

Durante este primer estadio materno, esta primera experiencia de encuentros no tiene acceso a la palabra, Braunstein (1995:133-132) menciona que en estos momentos sólo hay impresiones asubjetivas, acéfalas, improntas sin poder ser simbolizadas. Para Lacan se trata de un silencio que es efecto “de la interdicción, una exclusión del material psíquico que inviste la relación preedípica [...] no existe ninguna decibilidad para las producciones fantasmáticas que allí tienen lugar” (Buzzatti y Salvo, 2001:41).

Sin embargo, para las autoras es punto de partida para evocar, reavivar los afectos que han sido obturados, negados, rotos, reprimidos, para regresarles “carne y voz” (Buzzatti y Salvo, 2001:41). Ante la manera en que se ha estudiado el Edipo de las mujeres y su relación con el cuerpo, se impone el esfuerzo por indagar la relación madre-

hija desde otra óptica, se requiere analizar e indagar ese cuerpo que ha quedado desterrado de la posibilidad de ser representado. Coincido con las autoras cuando mencionan la importancia de

[...] volver a dar consistencia pulsional al cuerpo, a los afectos, a sus turbulencias, a su movimiento irreductible al discurso. La sexualidad femenina es un escándalo por ser intérprete y testimonio de la diferencia sexual, diferencia que hace pensar y vivir la subjetividad misma de manera divergente (Buzzatti y Salvo, 2001:42).

De esta manera será importante abordar lo diferente en las mujeres desde sus inicios como sujetos, lo que da pie a prorrumpir en la teoría sobre la diferencia sexual.

En estos momentos de la vida de la niña, pareciera que algo muy primitivo se ha roto, el niño o niña no pueden siquiera comunicar su sufrimiento, hay peligro de no poder simbolizar en el cuerpo, de quedar expuesto a “algo terrible”, al riesgo de no poder delimitarse y definirse. En ocasiones se observa que la niña no puede incorporar a sus sensaciones corporales sus sentimientos y emociones y mucho menos en palabras. Es como si no se pudieran somatizar las fantasías destructivas, dicen las autoras que es como si quedara congelado el vínculo psique-soma, el cuerpo no muestra señales de estar enfermo para darle voz a su sufrimiento. No se dio cabida como ellas mencionan a una suerte de *lenguaje secreto* perteneciente al cuerpo, con el cual reclamar, reprochar, retar, oponerse a la madre. Pareciera entonces que este vínculo queda “congelado” por un lapso de tiempo, para después en la adolescencia o en edad adulta, enlazarse con alguna enfermedad cuya simbolización ha quedado inefable, indecible; casi o a veces imposible encontrar el camino de regreso (Buzzatti y Salvo, 2001:35).

[Por tanto] el cuerpo como posibilidad privilegiada de representar afectos heridos, agujeros y hemorragias psíquicas, aberturas que dejan ver un temible vacío interior [...] El cuerpo como testigo involuntario de un dolor tan agudo y espeluznante que obliga a quien lo sufre a liberarse de él, a retirarse presa de horror. El cuerpo como expresión de una

congelación afectiva que sólo a través de las vías somáticas se retuerce y se distiende (Buzzatti y Salvo, 2001:15).

Aparece un cuerpo que sufre, que orgánicamente padece, que escapa a la palabra, a la simbolización, y que se podría pensar hipotéticamente que estas mujeres quedan sojuzgadas a ese lenguaje secreto. Lo que estas autoras han observado en el trabajo analítico, es que ciertas mujeres usan al cuerpo para recriminar y retar y, al mismo tiempo, llamar y rechazar a la madre. Considero que finalmente, es un cuerpo ambivalente, ya que al final de cuentas, la niña y la mujer siguen vinculadas a la madre, por el amor o por el odio. En ocasiones se observa que está presente el deseo de seguir sufriendo, con la finalidad de prolongar los rencores personales y así dar salida a los posibles reproches (Buzzatti y Salvo, 2001:32-33).

Aunado a la ausencia de palabra y a la imposibilidad de plasmar el afecto, las autoras aluden a Joyce McDougall cuando señala que los afectos más antiguos quedan fuera de las formas más evolucionadas de representación mental y de reconocimiento del afecto (Joyce McDougall en Buzzatti y Salvo, 2001:33). Asimismo, nos indica Piera Aulagnier:

[...] toda representación del sufrimiento [...] implica una mutación doble: lo que el cuerpo padece se impone y se metaboliza en una experiencia psíquica; al mismo tiempo, lo que la psique soporta se autorrepresenta por medio de una figuración cuya materia está impregnada de las imágenes de las cosas corporales (Aulagnier, 1975:38).

Este aporte lleva a preguntarse si las mujeres estarían autorrepresentándose como enfermas continuamente, haciendo de esta representación un sentido para sus vidas.

Como mencioné anteriormente, es la madre la que inicia la vida pulsional. El desarrollo psicosexual de la niña conlleva el amor a ella y al mismo tiempo la necesidad de diferenciarse de un cuerpo perteneciente al mismo sexo y género.

En el proceso de indiferenciación madre-hija, existe una relación especular en la que hay un alto índice de “adhesividad”; esto hace que

la niña esté cautivada, en una especie de alienación con la madre. Más tarde se separará de la madre, del cuerpo de ésta, empero, existe

[...] entre estos cuerpos una sintonía secreta, una afinidad que las atrae y las une al mismo tiempo que las aliena y las aleja. Tal vez sea esta paradoja lo que más contribuye a la comprensión del *silencio* en el que se encierra la niña, incapaz de expresar —e imposibilitada de hacerlo— un conflicto demasiado grande y poderoso (Buzzatti y Salvo, 2001:73).

Nos afecta la construcción imaginaria que se forjó de la madre, la de la relación preedípica y edípica, madre deseante, madre fálica o en Falta, con su propia historia edípica; cómo la hemos vivido y sentido, primera huella, perdida, inolvidable, siempre a reencontrarla, la que queda excluida. No es la madre real, a ésta nunca la vamos a conocer. Precedida por otra mujer, con su propio bagaje cultural, ella es para la hija portavoz de sus antecesoras.

Ante este panorama, quisiera presentar la problemática que inspiró este trabajo, el cual consiste en profundizar en las llamadas *enfermedades autoinmunes* que afectan a algunas mujeres (por ejemplo, lupus, artritis reumatoide, esclerosis múltiple, polimiositis, entre otras). Se pretende estudiar si éstas entran en esta concepción mencionada sobre el manejo del cuerpo, es decir, si en ellas se puede pesquisar algo de este silencio, que gobernó los momentos más importantes de sus vidas, si el cuerpo es vehículo de un conflicto psíquico, ya que son padecimientos en los que “aparentemente” no hay conexión entre la psique y el soma. Aparecen en algunas mujeres un tanto “insimbolizables”. No se encuentran las palabras con las cuales se pueda asociar y simbolizar, por lo tanto. El cuerpo padece constantemente y en una aureola de *silencio* sobre las causas. Pareciera ser —desde el enfoque médico— que la característica principal que presentan estas enfermedades es el *desconocimiento* de los mecanismos de defensa del cuerpo, como serían los anticuerpos, hacia algún órgano en cuestión, éstos actúan *atacando* (García, 2010). Si se piensa desde el psicoanálisis, se puede estudiar la vertiente simbólica de esta afección. Por ejemplo, desde el discurso médico, se escuchan significantes como: “ataque” por parte de los anticuerpos, “se ignora el por qué de la enfermedad”, “es

genético”, “bajan las defensas”, hasta lo que las pacientes manifiestan de lo que sienten y de cómo entienden lo que les está pasando, usando palabras como: “autodestrucción”, “desconocimiento”, “el cuerpo está fuera de control”, asimismo: “mis anticuerpos me atacan”, “me faltan palabras”, “no entiendo qué me pasa”, “me siento frágil”, entre otros. De aquí el interés por abordar esta problemática desde otro lugar, ya que es el cuerpo comprometido con el padecimiento, por lo que se abren múltiples interrogantes al respecto. Si bien, algunas de estas enfermedades tienen un posible origen genético, pensemos como nos dice el psicoanálisis, en la incidencia que existe de la psique al soma y viceversa, en la cual se vehicularán determinados conflictos emocionales no resueltos. En este sentido, quise en este trabajo indagar otras causas posibles, las cuales algunas de ellas, podrían estar en este vínculo primario madre-hija, camino lleno de laberintos, por donde se cuela el deseo, el sufrimiento, el conflicto emocional, el *silencio* y en palabras de Lacan, el *goce*.

Se ha venido observando el hecho de que, cada vez, se presentan más casos de mujeres con estos padecimientos, tanto en los hospitales como en los consultorios de algunos psicoanalistas. Si bien Freud descubre en la histeria, cómo las mujeres utilizan el cuerpo como vehículo para simbolizar alguna afección psíquica, ¿nos estaremos enfrentando con estas enfermedades –en las que sí hay daño de órgano–, a “nuevas” formas de manifestar los conflictos psíquicos a través del cuerpo, en las que supuestamente resulta inasequible encontrar las conexiones para poder simbolizarlos?

Es por esto que en la relación fundante con la madre emergen más preguntas: ¿si ese cuerpo que sufre está al arbitrio de la Otra?, ¿a quién *pertenece* el cuerpo?, ¿el cuerpo es *esclavo* del Otro que puede disponer de él?, ¿será que el cuerpo está consagrado al *goce* del Otro?

Y con esto doy pie a uno de los conceptos capitales en la obra de Lacan, el término de *goce*. El cual es fundamental para entender cómo las mujeres vivenciamos el cuerpo, la culpa, la feminidad. Y tal vez nos servirá para comprender estas afecciones.

Considero importante basarme en una aproximación de Lacan sobre este concepto que expuso en una conferencia sobre psicoanálisis y medicina en febrero de 1966:

Pues lo que yo llamo goce en el sentido en que el cuerpo se experimenta es siempre del orden de la tensión, del forzamiento, del gasto, incluso de la hazaña. Indiscutiblemente hay goce en el nivel en que comienza a aparecer el dolor, y sabemos que es solamente a ese nivel del dolor que puede experimentarse toda una dimensión del organismo que de otro modo permanece velada (Lacan, 1966:14).

Si bien Lacan siguió estudiando y ampliando este concepto en sus distintas vertientes,³ para los propósitos de este trabajo me interesa dejar planteado, por un lado, en términos generales el concepto de *goce*, y por otro, puntuar brevemente su relación con el tipo de goce con el que comienza nuestro vínculo más cercano, el cual se trata de un goce inefable, sin acceso a la palabra, anterior a la significación fálica. Asimismo me interesa vincular este concepto con el superyó, con ese imperativo que grita: ¡goza!, y que ordenará gozar sobre el cuerpo sufriente, al servicio del Otro, cuyo malestar no accede a la palabra (Lacan, 1972-1973).

Es a partir de estos aportes que quisiera centrarme en este concepto para estudiar cómo en ciertas mujeres se observa que su cuerpo está subordinado a “los designios” de la Otra. En vista de que no hay goce que no sea del cuerpo, algunas lo ponen como sustancia gozante, al padecer. Será importante analizar el hecho de que para acceder al goce, esto tiene que ver con el Otro, del uso que el Otro hace del cuerpo de uno. Es como si el cuerpo no perteneciera al sujeto, está en el campo del Otro que ha esbozado sus necesidades, que dice quién es, que ha erotizado ese cuerpo, como dice P. Aulagnier: el niño es sombra hablada de la madre, yo agregaría, sombra de sus silencios y ausencias. Es como si la Otra dictara el destino de ese cuerpo que

³ Lacan estudió el concepto de *goce* en sus tres vertientes: *goce fálico*, *goce del ser* y el *goce del Otro*. Quisiera dejar sentado brevemente que al hablar Lacan del *goce del ser* y *goce del Otro*, habla de un goce inefable, dejado fuera del lenguaje, goce perdido por la castración, el primero ligado a la Cosa, mítico anterior a la significación fálica y que reaparece en lo real. El segundo, el goce del Otro lo considera un goce femenino inefable. El *goce fálico* está ligado a la palabra, es efecto de la castración. Para ver ampliamente el concepto de *goce* remitirse a Lacan (1999 y 1985) y Braunstein (1995).

se presta como materia gozante. En el goce algo se pierde y es como si se libidinizara la pérdida. Se la erotiza. Por lo mismo es tan difícil que acceda al registro simbólico. Nos dice Lacan que es el goce del cuerpo que no tiene palabra, padece por la ausencia de significantes. Si desde Lacan, la niña desea seguir siendo objeto del deseo de la madre, pareciera que esto es porque, de alguna forma desea seguir siendo objeto de su goce.

En el cuerpo se puede ver la inscripción del vínculo con el Otro, contiene la historia del sujeto. Parafraseando a Helí Morales (2009): “El goce se vive como una agitación sin sosiego. El cuerpo habla de un lenguaje amordazado, de una palabra que no ha podido salir”.

Braunstein realiza una paráfrasis del seminario de Lacan, *La lógica del fantasma* (1967):

[nos menciona que] el goce no puede ser abordado sino a partir de su pérdida, es la erosión del goce producida en el cuerpo por lo que viene desde el Otro y que deja en él sus marcas. El Otro no es ahora el de ninguna subjetividad sino el de las cicatrices dejadas en la piel y en las mucosas, pedúnculos que se enchufan en los orificios, ulceración y usura, escarificación y descaro, lastimadura y lástima, penetración y castración (Braunstein, 1995:21).

Se podría pensar que en ocasiones niño o niña no sienten su cuerpo como propio, no lo habitan como tal, lo sienten ajeno, un tanto extraño. Buzzatti y Salvo señalan que en tanto no se vive como una envoltura que es continente, éste es un saco vacío al que es posible arrojarle impulsos no acogidos y no elaborados de afectos remotos, poderosos y perturbadores (Buzzatti y Salvo, 2001:31). Retomando lo anterior, sería un cuerpo *gozoso*. Del cual se podría observar que ha penetrado el goce del otro para apoderarse del cuerpo de la niña.

El sujeto manifestará en su subjetividad de múltiples formas como en los sueños y en los síntomas, “los efectos, a veces inhibidores y angustiantes, a veces estimulantes, siempre enigmáticos y movilizados del saber inconsciente” (Braunstein, 1995:105).

En otro trabajo (García, 2010) mencioné que Freud enfatiza en *El problema económico del masoquismo* (1924), que hay una fuerza

sexualizada que debería ir hacia fuera y se instala al interior del cuerpo agrediéndolo. “[A]quí la pulsión de destrucción fue vuelta de nuevo hacia adentro y ahora abate su furia sobre el sí-mismo propio” (Freud, 1924b:171), como destino de pulsión. En el contenido de las fantasías masoquistas se encuentra un sentimiento de culpa y en el fondo hay una necesidad de castigo. Se podría retomar lo dicho por Freud acerca de la configuración del masoquismo primario, para suponer que tendrá sus ecos sobre el cuerpo de las mujeres. Es probable que algunas mujeres sientan una culpa primordial al vivir el silencio o la ausencia de la madre. Si el cuerpo requiere sufrir para pagar una supuesta culpa ¿podría ser mediante *la autodestrucción* que ocasiona una enfermedad *autoinmune*? Se le coloca al Otro el superyó, de ahí la voz pasiva y la victimización. En este sentimiento de culpa hay una tensión proveniente del superyó (García, 2010). No hay que olvidar que desde Freud se puede estudiar a este superyó cuya fuerza en un primer momento proviene del *Ello* y termina de constituirse con el complejo de Edipo (Freud, 1923). M. Gerez, tomando en cuenta los aportes de Lacan respecto a esta instancia, la revela como intrusiva, brutal, terrorífica y mortífera proveniente del Otro. Nos invita a *gozar*. Esta intrusión es pura voz sobre una fuente auditiva y es condición estructurante de un sujeto en el cual todavía no existe un yo (Gerez, 1993:84).

Helí Morales, desde una lectura lacaniana, nos dice que “el masoquista es aquel que hace de la ley del Otro su deseo, para gozar a través de la angustia” (Morales, 2009). Porque la angustia es el sentimiento del sujeto frente al deseo del otro, la angustia será no saber qué se es para el deseo del Otro; de esa madre que nos erogeneizó con su deseo, la tensión sin sosiego se debe a la expectativa por el Otro. ¿Acaso no se buscaría guardar y asegurar un lugar en el deseo del Otro a costa de ser maltratadas o humilladas, o bien a costa de un padecimiento físico?

En vista de que el superyó tiene un papel preponderante, quiero retomar el periodo de la vida preedípico importante en las mujeres, y cuyas autoras Buzzatti y Salvo centran la atención de su propuesta, para mencionar los aportes de O. Masotta sobre un *Superyó maternal arcaico*. Es un superyó gozoso proveniente de una madre primordial, voz primera, intrusiva, que incide de alguna manera en el yo corporal

y que adquiere su fuerza desde el ello y que por lo mismo es pulsional y en ocasiones “silencioso”. Dice el autor:

Es la imagen de la madre primitiva prohibidora [...] el superyó maternal arcaico es un superyó que llama, es la llamada de la madre, la llamada del amor indio [...] De ahí que la mujer se sienta tan atraída por la madre, porque la madre es la primera defensa contra la diferencia de los sexos (Masotta, 1992:98).

Es una relación habitada por el goce, en la que se satisface el deseo del Otro; por donde se cuele la pulsión de muerte.

[...] silencio arcaico, pues, y no consistencia, palabras vacías y subjetividad disimulada: el ser “en sufrimiento” de las mujeres conoce el calvario, la Pasión –diría Micheline Enríquez– de la estación originaria y nunca visitada. Un dolor nuevo, a menudo no reconocido, acompaña a la negación de los orígenes, de la escena preedípica (Buzzatti y Salvo, 2001:45).

Viendo este panorama, emergen más preguntas: ¿qué tanto algunas mujeres con su enfermedad manifiestan este silencio gozoso proveniente de una madre primigenia? o ¿por darle consistencia a un superyó maternal terrorífico, que coloca al cuerpo de la niña y de la mujer adulta a su merced? o ¿como producto de una culpa ancestral? En una mejor perspectiva: ¿será que ciertas mujeres se enferman para marcar distancia y/o diferencia necesaria hacia el goce de la Otra, en un intento por ponerle barreras al goce? o ¿por agredir a la madre?, ¿qué tanto, su *culpa* está en defender la diferencia y negar a la madre? Si la madre está inmersa en una cultura patriarcal, en una posición subordinada a su vez: ¿será que la hija repite esta subordinación?, ¿será que la hija repitió el deseo de no ser madre de su propia madre con su enfermedad?, ¿qué tanto la hija repite esa inconformidad a través de una enfermedad? Como todo síntoma, ¿cuál es la ganancia de la enfermedad orgánica?

En consecuencia, se presenta una tarea difícil para el psicoanálisis, pues hablamos de silencios arcaicos, primigenios. La propuesta de

Buzzatti y Salvo, pareciera, por un lado evidente y, por el otro, una empresa titánica. Nos mencionan las autoras que habrá que poner fin al *silencio* en la relación madre-hija y en la de cada una consigo misma. La palabra en cuestión tendrá que provenir de, y convertirse en, don y mensaje de “carne”. De lo contrario, tendríamos palabras vacías, que se quedan en la superficie, guardadas en lo íntimo de los cuerpos, constituyendo lo no dicho. El goce es del cuerpo, pero no es alcanzable sino pasando por los desfiladeros del lenguaje.

Por un lado, las autoras al señalar los aportes de L. Irigaray, mencionan que la propuesta de esta última sería: “Hacer el duelo de la omnipotencia materna”. Ella señala que toda madre debería hacer esa experiencia, ya que fue hija también. Por otra parte, esto daría la posibilidad de entrar “cuerpo a cuerpo” y se restituiría “vida, carne y palabra a la madre”. Es importante considerar que no deja de haber ambivalencia en este vínculo, por lo que puede haber un deseo secreto de volver a los orígenes, a aquella edad de oro en la que la pasión era plena y total y en la que probablemente se tenía una ganancia (Buzzatti y Salvo, 2001:44).

Al mismo tiempo, agrega Irigaray, que llevar a cabo el duelo puede ser algo tremendo, a veces espantoso, excesivo, demasiado intenso y hasta extenuante. Pareciera como si “la muerte de una debiera llevar consigo la muerte de la otra”. Con base en ello, considero que muchas mujeres lo padecen y la expresión de sus síntomas lo señala, se puede suponer que la enfermedad parece más un obstáculo o impedimento que se ponen para evitar vivir el duelo por esa madre omnímoda; o bien, por otro lado, vivir el duelo implica enfermarse, por tener que vivir con una madre que ha quedado opacada, menospreciada, degradada. Situación que, en algunos casos, podría ser casi intolerable o bien del orden de lo insoportable. Por lo tanto, en algunas mujeres el esfuerzo se vuelve gigantesco, más no inasequible. Se tendrían que buscar los caminos y recovecos para llegar al alma de estas mujeres y hacer viable lo que parecería imposible.

Irigaray habla de un reencuentro con la madre. Añade que este retorno no implica que todo se solucione, no hay garantías, siempre quedan imágenes y palabras sin expresar. En efecto, para esta autora será una lucha, un encuentro de un “cuerpo a cuerpo”, lo que guiará

a ambas hacia “una noche, a un lugar oscuro, a unas tinieblas que, sin embargo, no paralizan, sino que reclaman el compromiso ético de toda mujer” (Buzzatti y Salvo, 2001:43-44).

Sin embargo, como se sabe, el trabajo analítico tiene un tiempo subjetivo. Me parece que se trata de echar amarras hacia los tiempos primordiales que están latentes, hacia ese tiempo de subjetivación, sumergirse en lo más recóndito, ir rascando y quitando capas y sacar los silencios y ponerles palabras. Lograr acceder a los símbolos que vayan poco a poco liberando ese cuerpo adolorido y ese vínculo atribulado. Aun sabiendo que habrá puntos ciegos, tal vez insalvables. Se puede concebir la idea de que, mediante un largo proceso de elaboración, ese cuerpo que padece comience a resurgir de otra forma. Podría haber un reapropiamiento o una reconquista del cuerpo desde otro lugar, con otros referentes. Y en la medida de lo posible continuar con el proceso de subjetivación.

Bibliografía

- Aulagnier, Piera (1975), *La violencia de la interpretación*, Buenos Aires, Amorrortu.
- *et al.* (1991), *Cuerpo, historia e interpretación*, México, Paidós.
- Bleichmar, Emilce Dio (1989), *El feminismo espontáneo de la histeria*, México, Fontamara.
- Bourdieu, Pierre (2000), *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama.
- Braunstein, Néstor (1995), *Goce*, México, Siglo XXI Editores.
- Buzzatti, Gabriella y Salvo, Anna (2001), *El cuerpo-palabra de las mujeres. Los vínculos ocultos entre el cuerpo y los afectos*, Madrid, Cátedra.
- Freud, Sigmund (1915), “Pulsiones y destinos de pulsión”, *Obras completas*, tomo XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 1989.
- (1921), “Psicología de las masas y análisis del Yo”, *Obras completas*, tomo XIX, Buenos Aires, Amorrortu, 1989.
- (1923a), “El yo y el ello”, *Obras completas*, tomo XIX, Buenos Aires, Amorrortu, 1989.
- (1923b), “La organización genital infantil (Una interpolación en la teoría de la sexualidad)”, *Obras completas*, tomo XIX, Buenos Aires, Amorrortu, 1989.

- (1924a), “El sepultamiento del complejo de Edipo”, *Obras completas*, tomo XIX, Buenos Aires, Amorrortu, 1989.
- (1924b), “El problema económico del masoquismo”, *Obras completas*, tomo XIX, Buenos Aires, Amorrortu, 1989.
- (1931), “Sobre la sexualidad femenina”, *Obras completas*, tomo XXI, Buenos Aires, Amorrortu, 1989.
- (1933), “La Femenidad” (conferencia 33), “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis”, *Obras completas*, tomo XXII, Buenos Aires, Amorrortu, 1989.
- García Colomé, Nora (2004), “*Matices sobre el paisaje*. Sobre el deseo de no ser madre”, tesis de maestría, México, Centro de Investigaciones y Estudios Psicoanalíticos.
- (2010), “Sentimiento y conciencia de culpa en las mujeres. El superyó femenino”, *Anuario de Investigación 2009*, Departamento de Educación y Comunicación, México, UAM-Xochimilco.
- Gerez, Marta (1993), *Las voces del superyó*, Buenos Aires, Lugar Editorial.
- Irigaray, Lucy (1985), *El cuerpo a cuerpo con la madre*, Barcelona, Ediciones LaSal.
- Lacan, Jacques (1949), “El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”, en *Escritos I*, México, Siglo XXI Editores, 1990.
- (1948), “La agresividad en psicoanálisis”, en *Escritos I*, México, Siglo XXI Editores, 1990.
- (1999), “Seminario V” *Las formaciones del inconsciente (1957-1958)*, Buenos Aires, Paidós.
- (1985), *Seminario 20 Aún (1972-1973)*, Buenos Aires, Paidós.
- (1966), “Psicoanálisis y medicina. El lugar del psicoanálisis en la medicina”, conferencia en la mesa redonda del Collège de Médecine, en La Salpêtrière, 16 de febrero de 1966 y debate posterior [<http://www.ecole-lacanianne.net>].
- Masotta, Óscar (1992), *Lecturas de psicoanálisis. Freud, Lacan*, México, Paidós.
- Morales, Helí (2009), *Notas del Seminario: Los trazos del masoquismo*, México.

Recibido en enero de 2012
Aprobado el 14 de abril de 2012